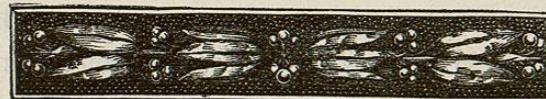


ruch y de los que en su cueva lo acompañaban. Pero entre los hielos Británicos, y con las exigencias del día, no se puede llorar en una gruta abierta, á la intemperie, y exponiéndose á miradas profanas. Una casa y un templo necesitan los nuevos discípulos del Profeta Jeremías; una casa y un templo se propone edificar el sacerdote á cuya empeñosa constancia é inquebrantable insistencia se deben estas bellas fiestas, á que tan devotamente habéis concurrido. Justo es que le ayudéis en su empresa, en pago siquiera de la cristiana idea de expiación que ha venido á sembrar entre nosotros, y que, germinando como espero en vuestros pechos, producirá saludables frutos de virtud y de penitencia que nos conducirán á la eterna gloria. Así sea.



SERMÓN

PREDICADO EN LA IGLESIA DEL ORATORIO DE GUANAJUATO,
EL 26 DE ENERO DE 1884, EN LA SOLEMNE FUNCIÓN
CON QUE SE INAUGURÓ SU NUEVA
CÚPULA.



*Plurimi qui viderant Templum prius cum
fundatum esset. . . . flebant voce magna; et
multi vociferantes in letitia, elevabant vocem.*

Muchísimos que habían visto el primer templo cuando estaba aún en pie, lloraban dando grandes voces; y muchos alzaban la voz gritando de alegría.—I ESDR. III, 12.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES: *

VERDADERAMENTE afortunados nuestros ojos, que pueden hoy disfrutar de un espectáculo que en vano suspiraron por presenciar muchos de nuestros antepasados. Desde el aciago día en que la espléndida cúpula de este grandioso edificio se desplomó con horrible fragor, la constante aspiración de los habitantes de esta rica ciudad había sido verla de nuevo levantarse hendiendo los aires, y rivalizando con las altas montañas que nos circundan. Los pequeñuelos que por

* Los Illmos. Sres. Arzobispo de Michoacán y Obispo de León.

primera vez venían á orar en la parte de esta Basílica que permaneció en pie después del cataclismo, lo primero que aprendían de sus madres, juntamente con las oraciones de la Iglesia, era la historia del lamentable suceso y las esperanzas que debían abrigar de tiempos mejores.

“Esa pared en que se reclina el ara máxima, oculta las magníficas ruinas de otro templo tan grande como el que nos cubre; de otro templo que fué más vistoso, que habría formado por sí solo una espléndida Iglesia y que no era sino parte del que ahora contemplamos. Funesto accidente lo redujo á escombros, privándonos de la gloria de tener dentro de nuestros muros una de las tres Basílicas más suntuosas del país en que nacimos. Ruega al Señor, hijo mío, que si no yo, tú al menos puedas alcanzar la hora deseada en que, renaciendo de sus ruinas, se eleve otra vez este sagrado recinto en su primitivo esplendor. Ruega al Señor, ¡oh tierno niño! que vuelvan á esta ciudad donde abriste los ojos, aquellos tiempos de prosperidad casi fabulosa, en que brotaban de nuestras montañas torrentes caudalosos de oro y de plata. Al tornar la prosperidad, volverá sin duda á surgir de entre los escombros la gigantesca cúpula cuya caída jamás cesaremos de llorar, y al paso que su reconstrucción dará gloria al Dios de los ejércitos, á nuestra ciudad y á sus habitantes traerá honor sin límites y alto renombre.”

¿Recordáis, piadosos conciudadanos, cuando bajo estas mismas bóvedas y arrodillados sobre este mismo pavimento oísteis de los labios queridos de vuestras madres, con estas ó semejantes palabras, tan cristiana y patriótica recomendación? Yo de cierto no las he olvidado, ni

tampoco las fervientes plegarias que, con la candidez del infante, aprendí á dirigir al cielo en virtud del dulce mandato, y que, mezcladas con las vuestras, llegaron sin duda hasta el trono del Omnipotente.

Pero vinieron los tiempos prósperos por que suspiraban nuestros padres, y los escombros de este santo templo ni siquiera se removieron. Oro y plata derramaron nuestras minas con tanta profusión como el siglo pasado; las calles, y plazas, y paseos de nuestra ciudad se embellecieron; obras grandiosas se emprendieron y llevaron á cabo; no pocos templos se renovaron y adornaron; sólo á éste no se puso mano y aun pareció que las antiguas aspiraciones á su reedificación se habían ahogado en nuestros pechos.

Entretanto el Dios de los ejércitos, á quien pertenecen el oro y la plata que distribuye á su voluntad, *meum est aurum et meum est argentum dicit Dominus exercituum* (AGG. II, 9), cegó nuestras minas y disminuyó nuestros recursos. Al mismo tiempo el oro de la caridad pareció agotarse en nuestros corazones; y al espíritu de piedad, antes tan arraigado en el pecho de los mexicanos, sucedió ese fanatismo destructor que nada respeta, y que dirige sus tiros sobre todo al santuario.

¿Quién creyera que esa época tan calamitosa fué precisamente la que designó la Providencia para la reconstrucción de esta Basílica? ¿Quién creyera que justamente cuando más escaseaban los recursos pecuniarios, cuando en el tesoro público no había que pensar, y las escarceas de los amantes de la Iglesia y del culto estaban poco menos que exhaustas, quién creyera que entonces fué cuando se inició una empresa que demandaba gastos

cuantiosísimos y suponía en la generalidad del pueblo una piedad tan sólida y tan viva como en los siglos primeros del cristianismo?

El Señor, que se complace en elegir á los débiles para confundir á los fuertes (1 COR. I, 27), se valió de humildes siervos suyos para acometer una empresa á que no se habían atrevido otros ricos y poderosos. Como durante la cautividad de Babilonia se empezó la reconstrucción del Templo de Jerusalén, así en días poco favorables para la Iglesia se puso la primera piedra de esta nueva cúpula. Como entonces, nuevos Ageos excitaron al pueblo cristiano en nombre de Dios; y de tal manera conmovieron á éste las entusiastas palabras de los nuevos profetas, que no hubo uno que se negara á contribuir á una obra tan difícil cuanto grata. Como entonces, los gobernantes, lejos de oponerse, favorecieron, en cuanto su difícil situación permitía, una empresa en que no sólo la Religión se hallaba interesada, sino aun el orgullo nacional. Como entonces, también la desconfianza de cuando en cuando asaltaba aun á los más entusiastas, y al recordar el esplendor del antiguo templo, la fe y religiosidad primitivas, lloraban unos haciendo comparaciones, y otros gritaban de alegría juzgando que iba á renacer la antigua piedad juntamente con el nuevo edificio; *flebant voce magna, et multi vociferantes in lætitia, elevabant vocem.*

No han pasado cuarenta años como cuando se edificó el templo de Zorobabel; no ha trascurrido ni aun la mitad, y ya vemos terminada la obra grandiosa; ya la nueva cúpula se eleva más alta, más esbelta, más elegante que la primera, sin rival en nuestra República, monumento insigne de vuestra religiosidad y largueza. No ha escaseado

el oro que para toda empresa se requiere en el mundo; no ha faltado el oro místico de fe, de piedad, de cristiana constancia, indispensable en toda obra espiritual. Otros os han hablado del modo con que el primero pudo conseguirse, y de los elementos materiales que en la construcción han entrado. Yo me limitaré á tratar del segundo, y de los elementos espirituales á que, más aún que á aquellos, debemos esta espléndida fábrica. En seguida os excitaré á dar al Omnipotente las debidas gracias por el señalado beneficio que os ha dispensado, permitiéndoos terminar la augusta cúpula que nos cubre.

Grande es mi júbilo al dirigiros hoy la palabra. Casi me regocijo de la falta de salud que, sacándome temporalmente de mi remota diócesi, me ha acercado á vosotros, y me ha permitido acompañar á vuestro nuevo Prelado y á vuestro insigne Metropolitano á una fiesta tan gloriosa. Cuando el corazón está lleno de júbilo no siempre vienen á los labios las palabras; no esperéis, por tanto, un largo discurso: y para las breves frases que pienso dirigiros, implorad el auxilio del cielo y la intercesión de la Virgen Santísima.

AVE MARÍA.

I

Difícil es siempre edificar; difícil, aunque se trate de una choza de tierra y de cañas, con frágil techo de hierba ó de palmera. Pero si á las dificultades ordinarias se añaden otras que provengan de la naturaleza del terreno, ó de causas morales que agraven los obstáculos materiales, entonces la empresa se vuelve ardua hasta el extremo, y para llevarla á cabo se necesita un corazón de adamantino.

Hay dos pueblos en la tierra que para construir un edificio tienen, no sólo que abrir los cimientos, levantar las paredes, tender los techos, sino ¡cosa extraña! que fabricar el mismo terreno. El uno es la Holanda, que necesita disputar su territorio al mar, alejando con diques el terrible elemento. El otro sois vosotros, habitantes de esta ciudad, que tenéis que convertir en llanura vuestras colinas, volando enormes peñascos, y trabajando á veces años enteros. Penosa es la tarea cuando se quiere edificar una casa de ordinarias proporciones; pero cuando se medita construir un templo, y un templo de dimensiones colosales, la empresa se convierte en poco menos

que imposible; é imposible sería para hombres menos acostumbrados á luchar con la roca y el pedernal en las entrañas de la tierra.

¿Qué existía hace dos siglos en este sitio, ahora tan terso y plano, y cubierto con pulidas baldosas? Vuestros padres os lo han referido: era una montaña, una enorme montaña de durísimo granito, la cual era indispensable reducir á polvo en su inmensa extensión para poder colocar en ella la mole colosal que se proyectaba. ¡Cuántos quizá tratarían de disuadir de una obra, al parecer irrealizable, á los piadosos varones que la intentaban! ¿Por qué no llevarla á las llanuras vecinas? ¿No bastaban los santuarios ya existentes para que se diera gloria á Dios en estas escarpadas montañas? Escuchad.

Hubo un tiempo en que el santo Obispo de Neocesarrea, Gregorio, llamado por excelencia el Taumaturgo, proyectó fabricar una iglesia de suficiente capacidad y en lugar á propósito para que los fieles de su populosa ciudad episcopal pudiesen asistir á los divinos misterios y escuchar su edificante predicación. Pero ¡oh desgracia! el único lugar á propósito se hallaba de un lado obstruido por un monte, y por el otro cortado por el mar. ¿Qué hacer en medio de tamaños obstáculos? ¿Abandonar la empresa y, dejando á aquellos fieles sin el templo proyectado, ir á construirlo en otra parte menos necesitada? Lejos de eso, se acordó que el Señor había dicho á sus discípulos: *Habete fidem Dei*. Tened la fe de Dios. En verdad os digo que cualquiera que dijere á este monte: levántate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, le será hecho (MARC. XI, 22, 23). Avivó su fe el santo Prelado, y oró